

PRÓLOGO

En sus manos tiene el lector el primero de los cinco volúmenes del merecido homenaje que, en nombre de las distintas instituciones patrocinadoras y de los estudiosos de las diversas manifestaciones del humanismo y la pervivencia del Mundo Clásico, tomó la decisión de tributar en el año 2005 y de hecho tributó, dentro del *V Congreso Internacional de Humanismo y Pervivencia del Mundo Clásico*, celebrado en Alcañiz del 18 al 22 de octubre de 2010, el Instituto de Estudios Humanísticos al Prof. don Juan Gil por su decisiva contribución a la Filología Clásica y, dentro de ella, al conocimiento de los campos especialmente estudiados en dicho encuentro científico.

Las razones científicas de tan merecido homenaje fueron hechas públicas tanto en las distintas circulares y en el propio programa como en las distintas intervenciones del acto inaugural de dicho Congreso, pero fue en el acto de clausura del mismo donde quien escribe este prólogo tuvo la ocasión de dar a conocer a la comunidad internacional las verdaderas claves de una decisión que va mucho más allá de lo que a simple vista todo el mundo podía y puede pensar.

Pensando ahora en todos aquellos colegas y estudiosos que no estuvieron presentes en Alcañiz en aquel solemne acto de clausura, reproduzco por escrito aquella intervención mía introduciendo sólo en ella los cambios de adaptación necesarios.

Comencemos por recordar que, como demuestra su dilatada y brillante bibliografía, el Prof. don Juan Gil ha destacado en múltiples ámbitos de la Filología Griega y Latina: dentro de ésta última descuellan en materias tan diversas como la Crítica Textual, la Lingüística y la Literatura Latinas del

periodo clásico, el Latín Tardío, el Latín Medieval o la Epigrafía. En el campo del Humanismo la labor de mi querido maestro es ingente: así lo ponen de relieve, por ceñirnos sólo al ámbito hispano, sus estudios y ediciones sobre el Descubrimiento de América (y, en especial, sobre figuras tan señeras como Marco Polo o Cristóbal Colón), sus trabajos sobre humanistas españoles de primera fila (Rodrigo Fernández de Santaella, Juan Ginés de Sepúlveda, Benito Arias Montano, etc.), sus investigaciones sobre la Inquisición o el erasmismo en España, sus monumentales ocho volúmenes sobre los conversos en Sevilla. A todo ello cabe añadir su relevante producción sobre la Tradición Clásica desde el Renacimiento, la Ilustración o el mundo contemporáneo.

El Prof. don Juan Gil, que ha creado en España una de las escuelas de Filología Latina más importantes tanto en la Universidad como en la Enseñanza Secundaria y cuenta con un reconocimiento internacional de primera magnitud, personifica en sí mismo la figura de un sabio humanista que destaca no ya por una abrumadora producción científica, sino, ante todo, por su rigurosidad y profundos conocimientos filológicos.

Pero en esa dilatada y brillante bibliografía del Prof. don Juan Gil me va a permitir el lector que ponga de relieve ahora sus enjundiosos y profundos trabajos sobre el milenarismo. Abrió la serie la magnífica ponencia “Los terrores del año 800”, que apareció en el lejano año 1978. A la misma le siguieron los brillantes estudios “Fin del mundo: revolucionarios y heterodoxos”, que salió publicado en 1991, “A la espera del fin del mundo”, que vio la luz en el 2000, “El fin del imperio bizantino y su proyección escatológica”, que apareció en 2003, y “La saga del Anticristo en la España del siglo XVI: de la Teología al Teatro”, que salió de la imprenta un año después.

Paso por alto las numerosas conferencias que el Prof. don Juan Gil ha dado también sobre el tema del milenarismo en numerosas universidades y centros de investigación nacionales y extranjeros: en el propio Alcañiz, dentro del propio Instituto de Estudios Humanísticos, dio a conocer su citado trabajo “A la espera del fin del mundo” el 22 de enero del año 2000 dentro del *Curso Interdisciplinar de Humanidades “Del mundo antiguo a las puertas del tercer milenio. I”*.

El reconocimiento de mi admirado maestro en el ámbito del milenarismo es tal que, como no podía ser de otra forma, uno de los ponentes del *V Congreso Internacional de Humanismo y Pervivencia del Mundo Clásico* decidió abordar el tema en reconocimiento público de la labor realizada por nuestro homenajeado: me refiero al Prof. don Emilio Suárez de la Torre, Catedrático de Filología Griega de la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona, y a su ponencia “Juan Gil y el fin del mundo”.¹

¹ Puede leerse en este mismo volumen, dentro del apartado “Juan Gil y el Milenarismo”, pp. 557-573.

Es más, por razón similar el Prof. don Eustaquio Sánchez Salor, Catedrático de Filología Latina de la Universidad de Extremadura, presentó en el mismo congreso una ponencia intitulada “El mesianismo sobre Jerusalén en la Edad Media y en el Renacimiento”.²

Pero ¿a cuento de qué saco a relucir que el Prof. don Juan Gil es, sin lugar a duda alguna, el mejor especialista internacional en el ámbito del milenarismo? La respuesta, querido lector, encierra una sorpresa mucho mayor de lo que cabe imaginar. *Habent sua fata libelli*, debo escribir yo también ahora con los clásicos, pues el Prof. don Juan Gil preparó todos esos trabajos sobre el milenarismo sin saber que el destino no hacía otra cosa que prepararle para una empresa mucho mayor de lo que ni él mismo ni, mucho menos, ningún otro mortal podría ni siquiera imaginar.

Cuando el Prof. don Juan Gil impartió en Alcañiz su conferencia “A la espera del fin del mundo” el 22 de enero del año 2000, don Francisco Javier Sáenz Guallar, Secretario del Instituto de Estudios Humanísticos y cuyos profundos conocimientos antropológicos sobre cuestiones religiosas conoció toda España en el programa “Informe Semanal” que emitió la primera cadena de la Televisión Española al final de la Semana Santa del año 2010, me hizo referencia a un sermón, hasta ahora desconocido, que pronunció en Alcañiz San Vicente Ferrer el 29 de junio de 1412, esto es, un día después de que el santo valenciano diera a conocer en Caspe la elección de Fernando de Antequera como nuevo rey de Aragón.

Recordemos que, el 31 de mayo de 1410, falleció Martín I el Humano, rey de Aragón, sin descendencia legítima y sin nombrar sucesor al trono. En ese contexto aparecieron los siguientes candidatos: Luis, duque de Calabria, hijo de la infanta Violante y de Luis de Anjou y, como tal, nieto del rey Juan I y sobrino-nieto de Martín I; Fadrique o Federico, hijo natural de Martín el Joven, legitimado por Benedicto XIII y por quien Martín I, su abuelo, había mostrado un gran afecto; Jaime, conde de Urgel, biznieto de Alfonso IV, hijo de primo hermano de Martín I y cuñado de éste, ya que estaba casado con su hermana Isabel; Alfonso, duque de Gandía, biznieto de Jaime II y primo segundo de Martín I; Fernando de Antequera, sobrino del monarca fallecido. Cabe añadir que en sus inicios también optó a la sucesión Juan, conde de Prades, primo segundo de Martín I, si bien pronto retiró su candidatura.

En este extraordinario contexto histórico se decidió que el sucesor de Martín I sería el que designara el Parlamento General de la Corona, para lo cual se reunieron en febrero de 1411 las Cortes bajo la presidencia del arzobispo de Zaragoza, García Fernández de Heredia, resolviendo que las asambleas de los reinos de Aragón y Valencia y del Principado de Cataluña se

² También aparece publicada en este mismo volumen y dentro del mismo apartado citado en la nota anterior, pp. 543-556.

celebrarían en lugares próximos de la frontera común y estableciendo además las condiciones de celebración de las mismas.

El asesinato del arzobispo de Zaragoza auspiciado por Jaime de Urgel provocó que tanto este como Luis de Anjou, a quien el prelado apoyaba en sus pretensiones al trono, perdieran fuerza en sus candidaturas a ocupar el trono aragonés, apareciendo entonces como principal candidato para hacerse con la corona Fernando de Trastámara.

La intención de que cada reino celebrara una asamblea se consideró utópica desde un primer momento. Tras largos e interesados debates se vio la conveniencia de que el Parlamento General de la Corona se reuniera en Alcañiz, decisión que prevaleció al contar esta población con el apoyo de la Iglesia y del papa Benedicto XIII, que medió en la crisis sucesoria promulgando, el 23 de enero de 1412, una bula en la que establecía que el estudio de los derechos al trono de los diferentes pretendientes fuera realizado por compromisarios de los distintos reinos.

El 15 de febrero de 1412 Cataluña y Aragón firmaron la Concordia de Alcañiz en la que establecieron que nueve compromisarios, tres por cada uno de los reinos y otros tres por el Principado de Cataluña, reunidos en la localidad aragonesa de Caspe, deliberaran sobre los derechos de los pretendientes y decidieran cuál de ellos debía ocupar el trono, siempre y cuando el elegido obtuviera un mínimo de seis votos y al menos uno de cada reino. El reino de Valencia no se sumó en un principio a la Concordia de Alcañiz debido a la resistencia militar que impuso Jaime II de Urgel, pero tras la Batalla de Murviedro y la derrota del conde de Urgel, Valencia se unió a la Concordia el 27 de febrero de 1412.

Entre los nueve compromisarios resultó elegido por parte del reino de Valencia el que a la postre pasaría a la historia como San Vicente Ferrer: todos los historiadores coinciden en que, sin olvidar el gran influjo del estamento eclesiástico y del propio papa Benedicto XIII, el papel decisivo en el resultado final de la elección real lo jugó el santo valenciano. Recordemos que, cuando el 24 de junio, dos días después del plazo dado inicialmente, se procedió a la votación, votó el primero San Vicente Ferrer en favor de D. Fernando y a su voto se adhirieron su hermano Bonifacio Ferrer, los aragoneses Francés de Aranda, Berenguer de Bardají, Domíngó Ram y Lanaja –alcañizano y a la sazón obispo de Huesca- y el catalán Bernardo de Gualbes con las siguientes palabras: “In omnibus et per omnia adhero voto et intencione praedicti domini magistri Vicenti”.

La decisión de la elección de Fernando de Trastámara como Fernando I de Aragón fue dada a conocer en Caspe el 28 de junio de 1412, tras un sermón del santo valenciano: en la historia ha quedado aquella frase suya “Viva, viva el nostre rey, el senyor don Fernando”.

Pues bien, terminado el acto de la proclamación del nuevo rey Fernando I de Aragón, esto es, en la tarde del día 28 de junio de 1412 San Vicente Ferrer cabalgó desde Caspe a Valderrobles, para entrevistarse con Francisco Clemente Pérez Capera en el castillo o, por mejor decir, en el palacio arzobispal que había comenzado a construir, transformando así la anterior torre defensiva, el arzobispo de Zaragoza, García Fernández de Heredia, desde 1390 a su asesinato en 1411: traigamos a la memoria que Francisco Clemente Pérez Capera, quien por entonces era obispo de Barcelona, se convirtió en 1415 en sucesor de García Fernández de Heredia, hecho que, sin lugar a duda, guarda relación con el papel que también jugó en el Compromiso de Caspe coadyuvando en nombre del Papa Clemente XIII, de quien había sido secretario, a la elección de Fernando de Trastámara como rey de Aragón. Es muy probable, por tanto, que su estancia en el palacio arzobispal de Valderrobles tuviera como telón de fondo la inminencia de su nombramiento como nuevo arzobispo de Zaragoza.

San Vicente Ferrer pernoctó en el palacio arzobispal de Valderrobles la noche del 28 al 29 de junio de 1412 y al alba de la festividad de San Pedro y San Pablo volvió a cabalgar a Alcañiz, en cuya Iglesia Santa María la Mayor pronunció el sermón del que me había hablado en el año 2000 don Francisco Javier Sáenz Guallar: debo precisar ahora que la única copia manuscrita del siglo XIV hasta ahora conocida, incluida en un grueso³ tomo de homilías del santo valenciano sobre la venida del Anticristo y el final del mundo, que tiene en la cubierta el título de *Sancti Vincentii Ferrarii sermones*, fue comprada en 1999 por el Secretario del Instituto de Estudios Humanísticos a la familia de don Domingo Villalengua Navales, un renombrado pintor alcañizano que se trasladó a la República Argentina en 1955 y del que volveré a hablar más adelante.

El texto latino de ese sermón, que gracias a su actual propietario leí por primera vez en el año 2004, es el que ahora transcribo no sin dejar constancia de las noches de vigilia que me llevó descifrar su enrevesada letra gótica y los numerosos problemas textuales provocados por las polillas y manchas de humedad:⁴

Fratres in Christo dilectissimi:

Gaudeatis omnes propter bonum nuncium quod ex oppido vulgo Caspe appellato affero: demum, in festivitate Sancti Ioannis huius anni MCDXII post

³ Los sermones latinos del manuscrito adquirido por Sáenz Guallar son más numerosos que los que hallamos en el grueso tomo *Sermonario de San Vicente Ferrer del Real Colegio-Seminario del Corpus Christi de Valencia. Estudio y transcripción de F. Gimeno Blay y M^a L. Mandigorra Llavata. Traducción de F. Calero Calero*, Valencia, Adjuntament de Valencia, 2002.

⁴ Cf. *Sancti Ferrarii Sermones*, ff. 125^r-126^v.

Dominum Nostrum natum, divino auxilio et Nostri Summi Pontificis Benedicti XIII voluntate, electus est Ferdinandus Antiquarie successor boni regis Martini, cuius animam Deus in gloria habeat. Vt iam palam heri dixi, cum electionem ibi annunciavi: “Viva, viva el nostre rey, el senyor don Fernando”. Gaudeatis omnes, quia hac electione magnas vires collegit concordia que Alcagnicii mense Februario huius anni facta est.

Sed gaudeatis omnes multo magis, vobis dico, quia concordia Alcagnicii preterito mense Februario facta nobis omnibus beneficium multo maiorem quam ipsam novi Aragonie regis electionem attulit. Concordia Alganicensis, audite omnes attentis, Antichristum advenientem et mundi combustionem nunc detinuit.

Gaudeatis omnes, vestra in memoria fixum illud habentes quod vobis dixi nuper, cum hic per Sanctam Hebdomadam predicavi de isto temporum fine quem Domini angelus post paucos dies futurum esse mihi annunciavit, nisi regis Martinis successionis questio expedita fuisset.

“Sciatis” –tunc vobis dixi– “quod Antichristus die XII ante Kal. Ian. anni MCDXIII aduenturus erat et eius tempus non durabit nisi per tres annos et semis, nam per illos pacifice regnabit, et de hoc tempore Antichristi trium annorum et semis habetur in multis locis, ut Daniel VII [25] et XII [7] et Apocalipsi XII: “Per tempus et tempora et dimidium temporis”, et tempus recipitur hic pro anno. Et sic Antichristus durabit per tres annos et semis, et, cum vixerit per istud, ipse Deus mandabit beato Micheli ut descendat et occidat eum, et veniet ignis de celo et comburet eos et terra aperietur et cadent in profundum infirni, ut post mortem Antichristi non durabit mundus nisi per XLV dies, qui currere incipient a tempore quo divulgata fuerit eius mors. Et hoc spacium XLV dierum datur per misericordiam Dei ad hoc ut qui decepti fuerint, habeant spacium convertendi se”.

Hoc, enim, est, fratres in Christo, quod vobis dixi nuper meo Sancte Hebdomade sermone. Sed Deus, benevolenter in iusta trutina Concordiam Alcagnicensem pensans, temporum finem differre statuit per sex secula que ex die XXIII ante Kal. Ian. anni MCDXIII currere incipient. Heri, nostri regis Ferdinandi electione solenni ceremonia palam annunciata, iter feci ex Calpe ad archiepiscopale palacium arcis quam vulgo Valderrobres appellamus, ut una cum illustrissimo Barcinonis episcopo eius futuram residenciam viderem, nam, ut iam omnes scimus, idem erit sucessor vestri ultimi archiepiscopi Cesaraugustani, cuius animam Deus in gloria habeat. Per noctem dormienti in tam excelsa arce mihi visus est Domini angelus qui mihi quomodo et quo tempore et ubi universalis cataclysmos fiat annunciavit.

“Temporum finis” –mihi ille Domini angelus dixit– “Alcagnicii et incipiet et desinet. Permagna et vix stabilis petra finem mundi presagiens, his in terris iuxta Incarnationis sacellum summo in monte sita, quam omnes mortales ruituram timemus, ruet et in quatuor partes frangetur. Et protinus celus oscura caligine tegetur et iuxta istud pulcherrimum stagnum quod Alcagnicenses tantum delectat, surget imo ex Tartaro mons altior quam ipse Olympus. Ex hoc summo

monte citius descendet, antiqua vincula rumpens, Antichristus, qui sequenti mortis umbra et demoniacis cornibus et longa ac nigra barba recognoscetur. Per tres annos et semis pacifice regnans plurimos homines divitibus et voluptatibus et luxuria delectabit: immo vero magna eorum pars eum, ut Deum iusti, adorabit”.

Sed, cum archangelus Michelis, pacifico Antichristi regno perfecto, ex celo descendat et eum occidat, in terra que iuxta Alcagnicense stagnum est, aperietur tunc magnum foramen quod imum ad Tartarum parvam mundi partem trahet. At maiorem mundi partem, credite omnes, glucient ipse stagni aque, que ebullient et girabunt et voracem gurgitem creabunt qui omnia que tempora noverunt et noscent in barathrum trahet.

Meo in somno videre potui quomodo foramen iuxta Alcagnicense stagnum apertum voraturum esset maximo horrore ipsum templum quod Rome Sancto Petro, cuius festivitatem hodie celebramus, dicatum est, una cum magno scuto sancta cruce signato, quod, nisi fallor, omnes qui per secula Christi Ecclesiam defenderunt, exprimebat. Meo in somno videre etiam potui ardentes et circumrotantes Alcagnicensis stagni aquas glucituras esse pulcherrima templa et edificia Cesaraugustana et quandam urbem maritimam que mihi orientalis videbatur: cuius enim omnes domi lignis constructe erant et ex fenestris vexilla cum rara scriptura pendebant et iuxta portum plurime naves parve anchoris firmabantur.

Et quid de ipsius Alcagnicii calamitate dicam? Meo in somno vidi barathrum devorasse excelsum montem ubi castellum est, cuius everse arcis minima pars tantum iam fluitabat. Ventorum vis tanta erat ut omnes proxime stagno palme flecterentur. Et meo in somno omnia vostre platee edificia rimas agere et ruere postea mille ruinis vidi. Aliqua edificia subito ardere inceperunt, nam ignis veniet per voluntatem Dei a quatuor partibus mundi, scilicet ab Oriente, et Poniente et a *Tremuntana* et *Mediodia*, et coniugent se in medio obviando se ad invicem, et ita mundus non poterit fugere, cum viderit venire ignem subito adjustando se a quatuor partibus mundi. Nam ita comburet montaneas, sicut *un mallal de cera*, et faciet et portabit magnum rumorem et tumultum cruxiando ac si spararentur omnes bombarde mundi in uno loco, et poneret sal et castaneas et bellotas integras in igne que faciunt magnum *cruxit*.

Et, dum omnia ruebant et ignis omnia vorabat, vidi quomodo infelices Alcagnicii cives multis clamoribus et lacrimis fugientes. Sed frustra, nam, Antichristo occiso, combustionis mundi tempus aderat.

Meo in somno potui videre etiam per XLV dies ante mundi combustionem angelos deambulare per Alcagnicii celum, ut per ceteri orbis ethera, portantes magnam crucem, ut hominibus ab Antichristo deceptis opportunitatem poenitendi se ante Iudicium Finale offerant: angeli volabant albas inter nubes et inter illos vidi unum qui crucem magna catena firmabat, alium qui plenas aqua benedicta amphoras portabat et alios duos qui in lance sanctos oleos

ferebant. Maximo timore (horribile dictu!) vidi rem omnibus bellis⁵ atrociorē: ingens stagni Alcagnicensis gurgēs voraturus erat illam magnam crucem, quam ventorum vis aut, ut melius dicam, Satanica vis inversam posuit, sed angeli, territi et inter se iuvantes, ex barathri faucibus evellere potuerunt.

Et meo in somno vidi etiam, a posteriore angelorum parte et in loco Antichristo opposito, ipsum Deum Patrem, longa ac alba barba, qui suam presenciam mortalibus offerebat, ut eos de Iudicio Finali proximo sic moneret.

Que omnia accidere incipient, fratres in Christo, cum ex die XII ante Kal. Ian. anni MCDXIII sex secula peracta fuerint. Sed gaudeatis, quia Deus magna misericordia mundo novam oppotunitatem offeret: cataclysmos universalis per alia sex secula differetur, si Alcagnicium probatis concordie ac iusticie meritis tunc rursus nitet.

Meo in somno vidi terribilis injusticie tempora incipencia nitente fulgore qui ex illa Hispanie parte ubi antike Tharsis aurarie erant, surgebat: micans, sed vana lux multos homines qui tunc videbant, cecabat, sed plurimis qui ante ceci erant, oculos aperiebat.

Injusticia inter homines tantum auxit ut in ipsis litterarum academiis non meliores, ut semper iustum ac necessarium fuit, sed in illis omnia venalia, ut in antiqua Roma, erant.

Sed gaudeatis, fratres in Christo, quia vobis dico Deum magna misericordia mundo novam opportunitatem adventum Antichristi ac temporum finem postergandi offerre statuit. Dei Angelus mihi somnianti anunciavit cataclysmum universalem rursus averti posse, cum tantum XXVI menses ad complenda sex secula que Deus gracia humanitati dedit, restent. Veniet tunc tempus in quo Hispani tristes ac merentes erunt, quia vix omnes magis necessariarum rerum egestatem ferent. Sed in illis magne difficultatis rebus totus Hispanie celus valde exoptata victoria ruber fiet et Aragonensis terra stridentes et ventis et fulminis alis ociores machinas magna voluptate spectans tremet, quod erit signum, ut Alcagnicii novus ac mirus eventus accadat qui per alia sex secula temporum finem differre poterit.

Demum meo in somno pictam in antiquo Greco vaso insolitam scenam vidi: ipsa dea Pallas, timore plena, quia hec omnia eventura esse sciebat, caput detegebat et egida magno homini, cuius sapientia mundus terribilem combustionem avertere possit, offerebat. Ille vir, cuius nomen Minerva in egide pinxit, in primis omnia que de temporum fine scripta sunt et que scripta fuerint, sapiet, Bononie dissertacione eleganti lingua Latina exarata doctoris gradum adipiscetur et insignia humilitatem, bonitatem, constanciam et sapientiam habebit. Cum illo -et tantum cum illo, credite omnes- totus mundus per alia sex

⁵ El término *bellis* aparece encima de *guerris*, que está tachado. Este es un claro síntoma de que San Vicente intentaba “pulir” su latín y escapar de las expresiones medievales tan habituales en otros sermones suyos. Cosa distinta es que, pese a este documentado esfuerzo, lo consiguiera, como ponemos de relieve en la nota 7.

secula tutus esse poterit: immo vero audivi deam Palladem illi viro dicentem, cum egida donaret, tantum se ipsam tutam, si ille dux erat, esse futuram.

Hoc est, enim, fratres in Christo, quod Domini angelus mihi dormienti in archiepiscopali palacio huius arcis quam vulgo Valderrobres appellamus, anunciavit. Narravi prima luce meum somnum Barcinone episcopo, qui protinus amanuensem vocans per scriptum iussit sapientis viri nomen, cum primum summum fenestrarum ambulacrum constructum fuerit, illic magnis litteris et symbolica stella in petrea pariete fingere. Et me etiam rogavit quod meum somnum coram vobis omnes narrare sermonem pronunciando hodie, in solenni festivitate Sanctorum Apostolorum Petri et Pauli. Et etiam me magnis precibus oravit quod hunc sermonem eleganti Latina lingua scribere et multa exemplaria facere: “hoc modo tantum” –mihi dixit– “Alcagnicenses homines, cum nova tempora que in prophetico somno vidisti, cataclysmum universalem avertere poterint, magnos honores tribuentes illo sapienti viro, ut tibi Domini angelus anunciavit”.

Gaudeatis, igitur, fratres in Christo dilectissimi, quia Concordie Alcagnicensis auxilio novum Aragonie regem Ferdinandum elegimus, sed gaudeatis multo magis quia Deus magna misericordia nunc Antichristi adventum per secula sex distulit et humanitati opportunitatem avertendi per alia sex secula offeret.

Hasta aquí el texto latino del sermón. Ofrezco ahora su traducción al castellano pensando en todos aquellos ayunos en la lengua del Lacio:

Queridísimos hermanos en Cristo:

Alegraos todos por la buena nueva que os traigo desde la fortaleza que vulgarmente llamamos Caspe: por fin, en la festividad de San Juan del presente año de mil cuatrocientos doce del nacimiento de Nuestro Señor, con la ayuda divina y el beneplácito de Nuestro Sumo Pontífice Benedicto XIII, hemos elegido a Fernando de Antequera como sucesor del buen rey Martín, cuyo alma Dios tenga en su gloria. Como ya dije en público ayer al anunciar allí la elección: “Viva, viva el nostre rey, el senyor don Fernando”. Alegraos todos, porque con esa elección ha cobrado mayor fuerza la concordia que se fraguó en Alcañiz en febrero del presente año.

Pero alegraos mucho más, os digo, porque la concordia fraguada en Alcañiz el pasado mes de febrero nos ha reportado a todos un beneficio mucho mayor que la propia elección del nuevo rey de Aragón. La concordia de Alcañiz, escuchad todos con atención, ha detenido por ahora la llegada del Anticristo y la cremación del mundo.

Alegraos todos, teniendo bien presente en vuestra mente lo que os dije no hace mucho, cuando prediqué aquí durante la Semana Santa sobre ese final de los tiempos que el ángel del Señor me anunció que llegaría en breve, si no se arreglaba el problema de la sucesión del rey Martín:

“Sabed” –os dije entonces– “que el Anticristo iba a llegar el 21 de diciembre del año 1412, que su tiempo no durará más que tres años y medio, porque durante ellos reinará pacíficamente, y sobre este tiempo de tres años y medio del Anticristo se habla en muchos lugares, como en Daniel 7 [25] y 12 [7], y en Apocalipsis 12, donde se habla de tiempo, tiempos, y medio tiempo, y tiempo se entiende aquí por año. Y así el Anticristo errará por tres años y medio y, cuando haya vivido este tiempo, Dios mandará a San Miguel que descienda y lo mate, y vendrá fuego del cielo y los quemará y se abrirá la tierra y caerán a lo profundo del infierno, de forma que después de la muerte del Anticristo el mundo no durará más que cuarenta y cinco días, que empezarán a correr desde el momento en que se conozca su muerte. Y este espacio de cuarenta y cinco días es dado por la misericordia de Dios, para que quienes estuvieran engañados tengan tiempo de convertirse”.

Esto es, en efecto, hermanos en Cristo, lo que os dije no hace mucho en mi sermón de la Semana Santa. Pero Dios ha sopesado con benevolencia en su justa balanza la Concordia de Alcañiz y ha decidido postergar el final de los tiempos durante seis centurias que comenzarán a correr a partir del día 21 de diciembre de este año de 1412. Ayer, una vez anunciada en público la elección de nuestro rey Fernando, viajé desde Caspe al palacio arzobispal de la fortaleza que vulgarmente llamamos Valderrobres, para ver, junto con el ilustrísimo obispo de Barcelona, su futura residencia, pues, según ya sabemos todos, el mismo será el sucesor de vuestro anterior arzobispo de Zaragoza, cuyo alma Dios tenga en su gloria. Por la noche, mientras dormía en tan excelsa fortaleza, se me apareció un ángel del Señor que me anunció cómo, cuándo y dónde ocurrirá el cataclismo universal.

“El fin de los tiempos” –me dijo ese ángel del Señor– “comenzará y terminará en Alcañiz. La enorme y poco estable piedra anunciadora del fin del mundo, que se halla en estas tierras en lo alto de un monte junto a la ermita de la Encarnación y que todos los mortales tememos que se desplome, se desplomará y se fragmentará en cuatro partes.⁶ E inmediatamente se oscurecerá el cielo con una negra niebla y junto a esa hermosa estancia que tanto deleita

⁶ El pasaje hace referencia a la enorme y, en efecto, poco firme roca que, como puede verse en la FOTOGRAFÍA I, se halla en lo alto de un monte junto a la ermita de la Encarnación en la salida de Alcañiz a Castelserás. El texto resulta de capital importancia por las siguientes tres razones, fundamentalmente. En primer lugar, nos certifica el origen de una tradición oral de la ciudad del Guadalo de la que ya en 2004 mi buen y erudito amigo don Francisco Javier Sáenz Guallar me dio la siguiente e interesante información que, mucho más recientemente, ha hecho pública en el artículo “La piedra del fin del mundo de Alcañiz”, *Turolenses. Revista de cultura* 1 (2013), pp. 42-43:

“En Alcañiz se cuenta que Vicente Ferrer, para afianzar el peso de sus predicciones, comparaba el tiempo que quedaba para la llegada del Apocalipsis con lo poco que le faltaba a la roca de la ermita de la Encarnación para desprenderse del todo. Esta ermita alcañizana, que según se cree erróneamente, habría sido la antigua sinagoga, se asienta sobre una plataforma rocosa cuyo extremo se fragmentó en su día, permaneciendo a partir de ese momento en una espectacular posición de equilibrio. Desde el tiempo de las profecías de Vicente Ferrer a esta

a los alcañizanos, surgirá desde el profundo Tártaro un monte más alto que el propio Olimpo. De ese elevado monte bajará raudo, rompiendo sus antiguas ligaduras, el Anticristo, a quien se podrá reconocer por seguirle la sombra de la muerte, por sus demoníacos cuernos y por su larga barba negra. Durante los tres años y medio de su pacífico mandato atraerá a muchos hombres con riquezas, placeres y lujuria: es más, muchos de ellos lo adorarán como los justos a Dios”.

Pero, cuando, acabado el pacífico mandato del Anticristo, el arcángel San Miguel baje del cielo y lo mate, en la tierra que está al lado de la estancia de Alcañiz se abrirá entonces gran agujero que arrastrará al abismo una pequeña parte del mundo. Mas la mayor parte del mundo, creedme todos, será tragada por las propias aguas de la estancia que hervirán, girarán y formarán un terrible y voraz remolino que se llevará a las profundidades todo lo que han conocido y conocerán los tiempos.

En mi sueño pude ver cómo el agujero abierto junto a la estancia de Alcañiz se iba a tragar en el mayor de los horrores el propio templo dedicado en Roma a San Pedro, cuya festividad celebramos hoy, y, al mismo tiempo, un gran escudo con el signo de la santa cruz, que, si no me engaño, representaba a todos los que a lo largo de los siglos han defendido a la Iglesia de Cristo. En mi sueño pude ver también que las ardientes y arremolinadas aguas de la estancia alcañizana estaban prontas a engullirse los hermosísimos templos y edificios de Zaragoza y cierta ciudad marítima que me parecía oriental: todas sus casas, en efecto, estaban construidas con madera, de sus ventanas colgaban estandartes con una rara escritura y justo a su puerto se mantenían ancladas con las anclas muchas pequeñas naves.

¿Y qué decir del infortunio del propio Alcañiz? En mi sueño vi que el abismo había devorado ya el excelso monte donde está el castillo, del que sólo quedaba aún a flote una mínima parte de su derruida fortaleza. La fuerza del viento era tal que se habían doblado todas las palmeras cercanas a la estancia. Y en mi sueño vi que todos los edificios de vuestra plaza se agrietaban y se derrumbaban después en mil pedazos. Algunos de los edificios comenzaron a arder súbitamente, pues

roca se le llama “la piedra del fin del mundo”, y se supone que el día que rueda por la ladera en la que está apoyada se acabará todo”.

En segundo lugar, el pasaje nos hace ver que, con independencia de reconstrucciones ulteriores, la ermita de la Encarnación ya estaba levantada en 1412 al lado de la “piedra del fin del mundo”: lleva, pues, razón nuestro citado amigo al calificar de errónea la suposición de que la ermita se había construido sobre una antigua sinagoga.

Y, en tercer y último lugar, el texto da carta de veracidad a una tradición oral que nos proporciona un indicio de gran importancia para evitar el cataclismo universal: el Armagedón no comenzará hasta el momento mismo en que se desprenda del todo la “petra finem mundi presagiens” y se vaya rodando ladera abajo. En consecuencia, resulta obvio que las autoridades alcañizanas o, por mejor decir, las propias autoridades de nuestro país deberían evitar a toda costa por el bien de todo el planeta que eso pueda suceder, máxime cuando en 2013, pasado ya el miedo al Armagedón del año anterior, la roca se movió, como denunció con preocupación Sáenz Guallar en su citado artículo, a consecuencia de las voladuras de tierras que se realizaron para la construcción de la carretera de circunvalación de Alcañiz.

por voluntad de Dios el fuego llegará desde las cuatro partes del mundo, esto es, desde oriente a poniente, y desde tramontana a mediodía, y se juntará en medio de vuestra estancia el fuego procedente de cada una de esas cuatro partes, y así el mundo no podrá huir cuando vea venir el fuego, que se unirá súbitamente desde las cuatro partes del mundo. En efecto, quemará las montañas como si fueran una lámpara de cera, y hará y llevará consigo un gran ruido y tumulto crujendo, como si se disparasen todas las bombardas del mundo en un lugar, y como si pusiese sal, castañas y bellotas enteras en el fuego, que hacen un gran crujido.

Y, mientras todo se derrumbaba y el fuego lo consumía todo, vi cómo los infelices ciudadanos de Alcañiz huían con muchos gritos y lágrimas. Pero en vano, pues, muerto el Anticristo, había llegado el momento de la cremación del mundo.

En mi sueño pude ver también cómo durante los cuarenta y cinco días antes de las cremación, los ángeles paseaban por el cielo de Alcañiz, como también por el éter del resto del orbe, portando una gran cruz para darle la oportunidad a los hombres seducidos por el Anticristo de que se arrepintieran antes del Juicio Final: los ángeles volaban entre nubes blancas y entre ellos vi a uno que mantenía firme la cruz con una gran cadena, a otro que portaba un ánfora llena de agua bendita y a otros dos que llevaban los santos oleos en una bandeja. Con el mayor de los temores (¡cosa espantosa hasta para contarla!) vi entonces una cosa peor que todas las guerras: el ingente remolino de la estancia de Alcañiz iba a engullirse aquella gran cruz, a la que la fuerza de los vientos o, por mejor decir, la fuerza de Satanás, colocó de forma inversa, mas los ángeles, aterrados y ayudándose los unos a los otros, pudieron arrancarla de las fauces del abismo.

Y, en mi sueño, vi también, por la parte de atrás de los ángeles y en contraposición al lugar que ocupaba el Anticristo, al propio Dios Padre, con su larga y blanca barba, que dejaba ver a los mortales su presencia advirtiéndoles así la inminencia del Juicio Final.

Todo esto comenzará a ocurrir, hermanos en Cristo, cuando hayan pasado seis centurias a partir del día 21 de diciembre de 1412. Pero alegraos, porque Dios en su gran misericordia dará también entonces al mundo una nueva oportunidad: el cataclismo universal se postergará otras seis centurias, si Alcañiz vuelve a relucir de nuevo en ese momento por sus ya probadas cualidades en favor de la concordia y la justicia.

En mi sueño vi unos tiempos de terrible injusticia que comenzaban con un refulgente destello que surgía de la región hispana donde estaban las antiguas minas de Tarsis: la radiante, pero vana luz cegaba a muchos hombres que hasta ese momento veían, pero abría los ojos a muchos más que antes estaban ciegos.

La injusticia creció entre los hombres y llegó a tal punto que en las propias academias de las letras no se elegían a los mejores, como siempre ha sido lo justo y necesario, sino que en ellas todo se vendía como en la antigua Roma.

Pero alegraos, hermanos en Cristo, porque os digo que Dios en su gran misericordia ha decidido dar al mundo una nueva posibilidad de postergar la

llegada del Anticristo y del fin de los tiempos. El ángel del Señor me mostró en mi sueño que el cataclismo universal se podría volver a evitar, cuando sólo falten veintiséis meses para cumplirse las seis centurias que Dios ha concedido en su gracia a la humanidad. Vendrá entonces un tiempo en el que los españoles estarán tristes y afligidos por sufrir casi todos la escasez de lo más necesario. Pero, en esa situación de gran dificultad, todo el cielo de España se volverá rojo por una ansiada victoria y la tierra de Aragón temblará viendo con gran placer unas máquinas ruidosas y más rápidas que los vientos y que las alas del rayo, lo que será la señal para que en Alcañiz suceda un nuevo y maravilloso acontecimiento que podrá aplazar por otras seis centurias el fin de los tiempos.

En mi sueño vi, finalmente, una insólita escena pintada en un antiguo vaso griego: la propia diosa Palas, llena de temor, porque sabía que todo esto iba a ocurrir, se descubría y ofrecía su égida a un gran hombre, con cuya sabiduría el mundo podría evitar su terrible cremación. Ese varón, cuyo nombre pintó en su égida Minerva, conocerá como nadie todo lo que se ha escrito y se escribirá sobre el final de los tiempos, se doctorará en Bolonia con una tesis escrita en elegante latín y tendrá como insignias la humildad, la bondad, el tesón y la sabiduría. Con él -y sólo con él, creedme todos- el mundo entero podrá estar seguro por otras seis centurias: más aún, oí a la diosa Palas decirle a aquel varón, cuando le iba a donar su égida, que ella sólo estaría segura, si él era su guía.

Esto es, en efecto, hermanos en Cristo, lo que el ángel del Señor me mostró mientras dormía en el palacio arzobispal de esa fortaleza que vulgarmente llamamos Valderrobles. Conté al amanecer el sueño al obispo de Barcelona, quien, tras llamar de inmediato a un secretario, ordenó por escrito que, tan pronto como estuviera acabada la galería superior del castillo, se grabara allí, en una pared de piedra, con grandes letras y una simbólica estrella el nombre de ese sabio varón. Y a mi me pidió que diera a conocer mi sueño pronunciando delante de todos vosotros este sermón hoy, festividad de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo. Me rogó, además, con gran insistencia que pusiera ese sermón por escrito en pulido latín⁷ y que sacara muchas copias: “sólo de esta forma” –me dijo- “cuando lleguen los nuevos tiempos que has visto en tu profético sueño, podrán los alcañizanos evitar el cataclismo universal haciendo justicia, como te ha anunciado el ángel del Señor, a ese sabio varón”.

Alegraos, pues, queridísimos hermanos en Cristo, porque con ayuda de la concordia de Alcañiz acabamos de elegir a Fernando como rey de Aragón, pero alegraos mucho más porque por ello Dios, en su gran misericordia, ha aplazado ahora la llegada del Anticristo por seis centurias y dará a la humanidad la oportunidad de volver a evitarla por otras seis.

⁷ El latín del sermón no es tan “pulido” como cabría esperar por la citada orden del obispo de Barcelona, pues, pese al indudable y documentado esfuerzo por superar en este caso la pobre calidad de sus sermones escritos en lengua latina (*cf.* nota 5), sin embargo, San Vicente Ferrer introduce en el cuerpo del mismo construcciones propias de su época y, lo que es peor, expresiones y palabras de su lengua vulgar (*cf.*, por ejemplo, el texto al que se refiere la nota 11).